JOSÉ CRUZ (2017). *LAS MALAGUEÑAS*. MADRID: ASOCIACIÓN DE AUTORES DE TEATRO.

> La vida se aferraba a la vida antes de echarse a rodar por las escaleras
> José Cruz, *Las malagueñas*. P. 64

Las malagueñas de José Cruz es la obra ganadora del V Certamen Jesús Campos para textos teatrales (2017). En ella, el dramaturgo recoge la historia de cincuenta mujeres de Málaga que habían sido encarceladas por su pertenencia o apoyo al bando republicano durante la guerra civil española y que fueron elegidas como conejillos de indias para un experimento que se quería realizar desde el bando franquista. Dan voz a estas mujeres personajes como Iluminada, La número cincuenta, La veintiocho, La gitana, La morena, La rubia o La pelicastaña, entre otras, acompañadas por el Teniente Mostacho, el Retreta, Bigotito Recio y Sor Ermitas, encargados de ocuparse de ellas.

Las malagueñas han sido sacadas de la cárcel de La Goleta y llevadas al convento de San José sin saber muy bien por qué. Una vez allí, los militares encargados de ellas les explicarán la razón y, esperando el momento de empezar dicho experimento, se desarrollarán situaciones que se les irán de las manos a todos. La llegada de una monja que parece tener la solución a todo no facilitará las cosas, sino que, lejos de arreglarlas, hará que haya nuevas víctimas inocentes. El autor da un paso más allá para ponernos la realidad enfrente de nuestras narices.

Desde el título y la dedicatoria se ve la gran presencia que tienen las mujeres: "a mis abuelas, a mi madre y a mi hermana". Esto nos hace intuir el protagonismo que van a tener en su obra. Además, es esta una de las cosas que nos hace relacionarlo con Lorca, como veremos.

La obra empieza con una imagen con una gran carga dramática y que, sin embargo, al llegar la primera intervención todo este dramatismo

deja paso a la comicidad. Solo esta primera frase hace que decidas quedarte a leer. De hecho, la obra resulta muy cómica (hasta el punto de sospechar que en cualquier momento puedes ser tú quien reciba un balazo de drama) y, al mismo tiempo, tiene algo de tragedia, con vaticinios poéticos llenos de terror y un final que une la obra con las propuestas más contemporáneas y que es un perfecto broche para la reivindicación de la memoria que el autor hace. Todo ello con un regusto lorquiano bastante evidente. Asimismo, José Cruz es capaz de terminar las escenas de forma magistral pues sabe perfectamente hasta dónde llega una situación dramática y, cuando esta se agota, la cierra de forma maravillosa. Pero no podemos confiarnos porque, como decíamos, esperamos el momento en el que se produzca un giro a lo más dramático y, una vez más, Cruz lo hace tan bien que, cuando te quieres dar cuenta, ya estás dentro, como el momento en que La Número Cincuenta narra su vivencia, llena de sonidos, el miedo de la gente... Y es que no debemos olvidar que estamos en una de las muchas historias que ocurrieron durante la guerra civil. Aunque mucha gente afirma que ya se han hecho correr demasiados ríos de tinta sobre dicho periodo, otras tantas personas pensamos que aún no son suficientes.

El lenguaje con el que está escrito y la forma de hablar de cada personaje resuenan en la cabeza con el barullo propio de las situaciones que se desencadenan, contribuyendo notablemente a la hilaridad. Encontramos poesía que nos eleva y expresiones que nos unen a la tierra. Si dividimos a los personajes en dos grandes bloques, el de las mujeres por un lado y el de los hombres y la monja por otro, podríamos pensar que, en ocasiones, dicho lenguaje poético está alejado de cómo son; sin embargo, no es difícil entrar en la convención. Si bien la mayor parte del texto está escrito en prosa, el verso aparece en los personajes puramente lorquianos: la Gitana y la Niña. Sin faltar, además, canciones de corte popular.

Como mencionábamos antes, bajo las letras de José Cruz podemos entrever a Lorca y a Sanchis Sinisterra. Estas dos influencias no solo le ayudan a crear su obra sino que hacen una gran aportación a lo poético. Además de la importancia de la presencia de la mujer, encontramos poesía en la forma de hablar de ciertos personajes (sobre todo en La gitana y La niña, dos personajes que podríamos esperar en cualquier obra lorquiana). Frases maravillosas harían las delicias del genio granadino: "el deseo de un hombre no es una ramita que nos toca la cara. El deseo de un hombre es un tronco lleno de nudos" (p. 88). Si volvemos al personaje

de La niña, vemos que se trata de un personaje bisagra entre el mundo de los vivos (esa España en guerra) y el de los muertos. La niña no solo puede vaticinar lo que va a ocurrir, sino que puede ver más allá, puede hablar con los muertos. Así, tenemos una escena que nos recuerda a *¡Ay, Carmela!*, llena de ternura y comicidad, como los encuentros entre Carmela y Paulino. Y es que, además, ese desparpajo de Carmela nos resuena durante toda la obra.

Un acontecimiento real; personajes muy humanos y conmovedores, incluidos, en ocasiones, los militares; un lenguaje y un ritmo que invitan a leer; la influencia de dos grandes de la literatura; un argumento sin pretensiones; la balanza equilibrada entre lo cómico y lo trágico; y una vuelta de tuerca al final son elementos que, jugándolos hábilmente, no podrían tener un mal resultado.

Tenemos, en definitiva, un tributo a la memoria histórica en general y a la memoria de estas cincuenta mujeres en particular, un homenaje al drama de la tierra española desde un punto de vista cómico -aunque en ocasiones se trate de una risa congelada- muy agradecido de poner en pie. En palabras del propio Lorca, "hay cosas encerradas dentro de los muros que, si salieran de pronto a la calle y gritaran, llenarían el mundo", y nosotros con el teatro tenemos la obligación -y el privilegio- de hacerlo, y José Cruz ya ha dado un paso al frente.

Laura Esteban